



Seix Barral

Juan Manuel Gil

La flor del rayo





Seix Barral Biblioteca Breve

La flor del rayo

Juan Manuel Gil

© Juan Manuel Gil, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-322-4157-4

Depósito legal: B. 22.280-2022

Composición: Moelmo, S. C. P.

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

UN FINAL

En la primavera del año 2020, un rayo partió por la mitad el cielo del norte de Argentina durante más de diecisiete segundos. Es el rayo de mayor duración registrado nunca. Ese tiempo apenas es nada si uno está bajo el agua templada de la ducha o esperando a que el microondas termine de calentar una taza de leche, pero cuando contiene un calambrazo que puede alcanzar centenares de kilómetros de longitud y una velocidad que no es de nuestro mundo, diecisiete segundos se te pueden antojar toda una vida. Te da tiempo a asomarte a la ventana y dejar que el horror te seque los ojos; o a rezar bajo la mesa del comedor cualquier oración que ya tuvieras olvidada; o incluso a tomar una fotografía de ese zarpazo blanco, buscar un contacto en la agenda y darle a enviar.

Siempre se están diciendo cosas sobre los rayos. En los libros y fuera de ellos. Dicen que probablemente aparecieron en la Tierra hace unos tres mil millones de años y que fueron fundamentales para el origen de la vida. Dicen que no siempre llegan con las tormentas, que también los traen las erupciones volcánicas, los incendios forestales y las explosiones nucleares. Y dicen, aunque menos, es

verdad, que cuando un rayo alcanza a una persona, puede tatuarle sobre la piel una especie de arborescencia rojiza. A esas hermosas y terribles impresiones se las conoce como árboles de luz, helechos eléctricos o flores del rayo.

Hay quien piensa que la literatura ha de tener algo de esa arborescencia rojiza. Como si después de la lectura de un libro tuviera que quedar en nosotros una marca indeleble a la que acudir en momentos de extravío o desconcierto. Bueno, como metáfora no está mal. De hecho, yo mismo lo he pensado en alguna ocasión. Pero no es esa marca la que se guarece en este libro. La de aquí tiene que ver con algo muy concreto: la luz se fue una noche, y la que volvió ya no era la misma, por tanto, la vida tampoco lo era.

UNO

El 8 de febrero de 2021, a eso de las once de la mañana, se hizo público —yo lo supe algunos días antes— que había ganado el Premio Biblioteca Breve. Un jurado compuesto por Olga Merino, Raquel Taranilla, Pere Gimferrer, Enrique Vila-Matas y Elena Ramírez concluyó que mi novela *Trigo limpio* era merecedora de este galardón. La llamada reveladora me sorprendió en una pausa del trabajo. Una máquina me acababa de servir una especie de degradación de té con limón cuando vi un número muy largo en la pantalla de mi móvil, que dudé si atender o no. Después de eso, llegaron días que se hicieron semanas y semanas que se hicieron meses en los que una emoción desahogada me llevó de un lado a otro. También, como era de esperar, esa misma emoción se hartó de darle puntapiés a mi equilibrio, que acabó recluso en un pequeño apartamento en algún lugar indeterminado de mi interior. Cada noche, antes de conciliar el sueño, pensaba que la curvatura del espacio-tiempo parecía haberse pronunciado y mi vida se aceleraba como una gota de sudor espalda abajo. Qué hermoso me parecía entonces ese pensamiento.

Una vez publicado el libro, me dediqué a charlar con periodistas; a visitar clubes de lectura; a encontrarme con lectores en librerías físicas y virtuales; a contestar centenares de mensajes; a husmear en las listas de libros más vendidos; a leer desde un inédito autocontrol las valoraciones; y a subir a mis redes sociales cuanto se iba diciendo de la novela. También procuré vivir, claro, pero menos, porque el éxito subyuga: viajé, celebré y conocí a algún que otro escritor que hasta ese momento había leído con peligrosa idolatría; dormí en aviones y bebí en hoteles porque creí que era una buena y noble obligación; y en más de una ocasión, sin albergar en mi pecho verdad alguna, pero tampoco mentira, entré de puntillas en casa. Durante ese tiempo creo que hice todo lo que se esperaba de mí. Menos una cosa: escribir.

La concesión de este premio, o quizá mi manera de gestionarla, me sumió en una negrura creativa que, a tenor de lo que me iba llegando en las entrevistas y en los encuentros con los lectores, era algo bastante previsible. «¿Sientes la presión?» «¿Te da vértigo enfrentarte al siguiente libro?» «¿Estás escribiendo ya?» «¿Cómo vives la nueva responsabilidad?» «¿Y ahora qué?» Estas eran algunas de las preguntas que siempre me formulaban y que yo acostumbraba a despachar con tres o cuatro respuestas precocinadas, en las que solía incluir las palabras *entusiasmo*, *alegría* y *reto*, como si fueran el comino y el azafrán de mi literatura. Al principio, he de confesarlo, no me percaté, pero ya por entonces la nada, no, mejor dicho, la Nada, era una alimaña que me había mordido en la pantorrilla.

Durante muchos meses, mi inacción creativa fue una compañía dócil y silenciosa con la que me acostaba y despertaba, con la que convivía en armoniosa rutina. Como

uno de esos lunares en los que el dermatólogo pone el ojo pero aún no el bisturí. No obstante, una vez que la efervescencia inicial del premio fue dando paso a una moderada cocción al baño maría, las charlas con mi editora, con mi mujer y conmigo mismo comenzaron a llevarme hacia lo que era una dolorosa evidencia: estaba atenazado por las circunstancias, me sentía incapaz de volver a escribir, me moría de miedo. Esto, que era algo que yo me repetía con bastante saña, jamás se lo reconocí abiertamente a nadie, salvo a mi psicóloga, cosa que lo hacía todo más sórdido y lastimero porque ella nunca ha creído en la literatura, y mucho menos en la mía. De ahí, quizá, no lo sé, que este comienzo sea tan importante para mí y exija un lugar dentro de la propia historia, no en la periferia que ofrecen los preámbulos, los epílogos y las notas. Esto está aquí no porque sea el principio de nada. Esto está aquí porque estuve a punto de ser un hombre engullido por el miedo. Esto está aquí, y puede que alguien lo esté leyendo. Con eso debería ser suficiente.

DOS

Mi perro es un mestizo. Un mil leches. Un chucho hiperactivo al que hay que sacar a pasear más allá de mis posibilidades y, por supuesto, de mis ganas. Cuando lo acogimos en casa, en el año 2014, le puse de nombre Travis por aquel inquietante protagonista de la película *Paris, Texas*, de Wim Wenders, y aunque así reza en los papeles, lo cierto es que bien podría haberme ahorrado esa pedantería, ya que al final acabamos llamándolo Boludo. Tuvo suerte la criatura, la verdad. Porque hubo un tiempo en que fue Mongólico. Y también Desportillado, Perromierda, Cagalón y Pellejero. No obstante —qué ridículo tener que advertir de esto—, que nadie vaya a ver en estas palabras desafecto, crueldad o mal amor. Hay muchas maneras de ponerle nombre al querer porque la vida no se entiende sin el trajín intransferible que todos albergamos en nuestro corazón. Por eso, en cuanto cumplió el año, lo llevé a que lo castraran (450 euros), en vista de que los huevos se le habían quedado encapsulados en mitad de la panza. Criptorquidia, se denomina ese fenómeno testicular y algo metafórico. T., mi mujer, siempre estuvo segura de que el hueco que le dejaron ahí no tardó en llenarse de puro re-

traso mental. Yo no creo que fuera así. Mi visión fue algo más lírica. Como le apliqué aceite de rosa mosqueta, no quedó ni rastro de la cicatriz. Y todo el mundo sabe, o debería saber, que las cosas importantes son las que están pero no se ven.

Aquella mañana, una, imaginad la que queráis, como todas las mañanas desde que la vida nos unió a través de una correa, Boludo y yo salimos a que hiciera sus necesidades con esa compulsividad que con tanta exactitud lo define. Eran las siete y cuarto, hacía un frescor incómodo para el mes en el que estábamos, y emprendimos la ruta de siempre, él alojado en su olfato y en su lengua, y yo en mi somnolencia existencial, cuando ambos nos dimos cuenta de que nuestra rutina no terminaba de cuadrar. Al fondo de mi calle, justo en el recodo que traza una curva de casi noventa grados a la izquierda, había una ambulancia con las luces destellando y las puertas traseras abiertas de par en par. Ese detalle era nuevo en el discurrir de nuestras vidas y, a pesar de que no estábamos atravesando nuestro mejor momento, Boludo y yo supimos reconocerlo.

Mi madre, que de esto sabe menos de lo que cree, pero muchísimo más que yo, siempre ha dicho que a las luces y a las sirenas de las ambulancias hay que acudir, porque nunca está claro si es a por uno a por quien vienen. Así que nos pusimos en marcha y caminamos en dirección a aquella anomalía matutina. Cuando ya habíamos recorrido la mitad de la calle, dos sanitarios salieron de la casa de enfrente. Empujaban una camilla sobre la que llevaban a alguien tapado con una sábana. Y ya está. No hubo mucho más. Fue una operación rápida que a mí me habría llevado días, y que ellos ejecutaron con la misma agilidad con la que yo analizo sintácticamente una ora-

ción simple atributiva. Camilla adentro. Puertas cerradas. Sirenas. Y adiós muy buenas. Aquí está el verbo, le busco su sujeto, y lo que me queda, predicado nominal.

La distancia la fue marcando el grito de la sirena, su efecto *doppler*, los previsibles giros a izquierda o derecha, mientras se hacía pequeña y se volvía nada o resaca. No me moví de allí hasta que tuve la certeza de que aquel ruido ondulado ya solo se bamboleaba dentro de mi cabeza. Para entonces, Boludo se había sentado a mis pies y se daba desesperados y rápidos mordisquitos en una de las patas delanteras: durante algún tiempo lo estuvimos tratando de ansiedad (35 euros mensuales). El amor, que tiene muchos nombres.